

### 3er domingo de Cuaresma B/2012

Las lecturas de este tercer domingo de Cuaresma nos hablan sobre la Ley de Dios. Ellas nos invitan a darnos cuenta de que la Ley de Dios debe ser interiorizada en nuestros corazones de modo que nuestra adoración sea en verdad y en espíritu. La falla de no hacer nos conducirá a una carencia de la sabiduría necesaria a fin de apreciar el don de Dios en nosotros y nuestras obligaciones a Dios.

La primera lectura del Éxodo recuerda los mandamientos que Dios les dio a los hebreos a fin de sellar su Alianza con ellos. Esta comienza con la afirmación de la soberanía de Dios sobre Israel como su Señor. Esta muestra también las obligaciones religiosas y morales que el pueblo tiene que cumplir a fin de garantizar su relación con Dios.

En su variedad y demostración, los mandamientos apuntan a la conservación de la integridad de Israel como un pueblo exclusivo de Dios. Ellos llaman al pueblo para cumplir sus obligaciones hacia Dios sin descuidar sus deberes hacia sus semejantes. Por eso, los mandamientos se refieren al ser humano y también a Dios a quien el respeto y la fidelidad son debidos en el espíritu de la alianza.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es el libertador de su pueblo. Es Él quien ha permitido que Israel sea una nación, es normal que él exija de ellos la obediencia incondicional. En aquel sentido, los mandamientos son la garantía de la relación que Dios quiere establecer con su pueblo. Es como un mapa de carreteras que nos muestra claramente el camino que conduce hacia Dios y nuestros semejantes. Como en una sociedad donde la ausencia de la ley es perjudicial a un funcionamiento bueno de la sociedad, los mandamientos son vitales a nuestra relación con Dios y el uno con el otro. A fin de conseguir tal objetivo, sin embargo, los mandamientos tienen que ser realizados en el espíritu de la alianza de Dios y no según los intereses humanos.

Todo esto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy cuando Jesús se vuelve furioso y echa del templo a los cambistas y los vendedores con sus productos. En primer lugar, el Evangelio dice que cuando Jesús llegó a Jerusalén, Él encontró en el templo allí los vendedores y los cambistas asentados. Enfurecido por el espectáculo que vio, él hizo un látigo de cordeles y los echó del templo volcando mesas y monedas.

Él les reprochó de haber convertido la casa de su Padre en un mercado. Él se declaró también consumido por celos por la casa de su Padre. Los judíos, por su parte, le pidieron un signo que podría demostrarles que él tenía la autoridad para actuar así.

Sin darles un signo, Jesús contestó que si ellos destruyen el templo, él podría reconstruirlo en tres días. Era realmente asombroso porque, en verdad, les había tomado a los judíos cuarenta y seis años para construir el templo a su forma actual. ¿Cómo podría ser posible reconstruirlo en tres días? Según San Juan, Jesús no habló del templo como edificio, sino del templo de su cuerpo. Fue, entonces, sólo después de su resurrección que los discípulos entendieron ese misterio.

A pesar de todo esto, muchas personas que fueron a Jerusalén para la fiesta creyeron en Él. Por su parte, Jesús no confiaba en ellos, porque no sólo él los conocía bien, pero él sabía también sus pensamientos secretos.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero que aprendemos es sobre la santidad de la casa del Señor. Es muy asombroso que en el Evangelio de hoy la disputa de Jesús con la gente sea sobre el sentido de lo que es el templo. De hecho, el templo de Jerusalén fue visto no sólo como una casa bendita al servicio de Dios, sino también como la personificación de la presencia de Dios en medio de su pueblo.

En esta perspectiva, el templo fue una casa exclusivamente reservada a la alabanza y a la gloria de Dios. Como Dios mismo a quien la reverencia y el respeto son debidos, esto también debería disfrutar del mismo tratamiento. Sin embargo, no era el caso con aquellos vendedores quienes lo habían transformado en una casa de comercio. Y es lo que enfureció a Jesús quien quiso purificar el templo de modo que este encuentre su original significado como un lugar de rezo, de curación y de bendición.

Este episodio nos desafía seriamente sobre nuestra actitud en la Iglesia antes, durante y después de la misa. Es verdadero que considerando la manera que nuestra sociedad funciona, se hace difícil encontrarse los amigos y relacionarse durante la semana. Por lo tanto, el domingo se hace una buena ocasión de reunión para conversar con ellos. Sin embargo, no deberíamos olvidar que la Iglesia es sobre todo un lugar de rezo, no sólo durante la misa, sino en todo momento.

El segundo punto es sobre el predominio de la adoración interna sobre el culto externo. No cabe duda de que los vendedores del templo obedecían la Ley de Moisés proveyendo a los peregrinos las ofrendas requeridas para el sacrificio. Pero, es también verdadero que mientras unos venían con una verdadera intención para orar, otros fueron conducidos por un interés comercial simple.

En aquel contexto, se hace claro que echando a los vendedores del templo, Jesús nos invita a una adoración sincera de Dios que es más interna que externa. Por eso, una adoración verdadera sale de un corazón arrepentido y no de un mero cumplimiento de deberes religiosos externos. Cualquier adoración a Dios que es hecha sólo a fin de obedecer la ley sin la conversión del corazón es nula e irrelevante.

El último punto que quiero traer es sobre el simbolismo del templo. De hecho, una casa no tiene sólo un sentido físico; este puede también tener una connotación simbólica. Cuando una persona, por ejemplo, no está muy abierta y no tiene relación con los otros, decimos que es cerrada. En tal caso, la persona es como una casa.

Creo que, al invitar a los judíos a destruir el templo de modo que él reconstruiría de nuevo en tres días, Jesús nos invita a hacernos una verdadera casa de la presencia de Dios. En aquel sentido, el nuevo templo no es la iglesia construida con piedras, pero, nosotros que debemos hacernos morada de Dios. Este es el desafío que tenemos para este tiempo de Cuaresma, es decir, trabajar mucho a fin de hacernos el templo vivo de la presencia de Dios. ¡Que Dios los bendiga todos!

### **Éxodo 20, 1-17; 1 Corintios 1, 22-25; Juan 2, 13-25**



Fecha de la Homilía: el 11 de Marzo, 2012

© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20120311homilia.pdf